

do. Desde este ángulo aparece otro nuevo modo de contemplación: reivindicación del método trascendental centrado en el principio de las magnitudes intensivas. La Filosofía, en cambio, se hace más independiente de las ciencias positivas. Este último estadio provoca la interpretación de Heidegger.

Heidegger se da cuenta de que todas las interpretaciones hasta él han venido a parar al absolutismo. También la interpretación como exclusiva teoría del conocimiento. Husserl fué uno de los superadores del positivismo y restauradores de una nueva vía para la filosofía. Heidegger, su discípulo, encuentra ya una vía posible para lanzarse a la metafísica. Pues bien; Heidegger, al entender la filosofía de Kant como una metafísica de la finitud, encuentra en ella el primer paso para entender la realidad en este sentido. El paso de la fenomenología a la filosofía de la existencia tiene, en esta interpretación del kantismo, su explicación. Para el existencialismo, la «Lógica trascendental», entendida de cierta manera, debe darnos las soluciones a la «Lógica formal y trascendental».

Y al final del libro se nos da el sentido de esta línea interpretativa. El autor ha intentado mostrarnos cómo la filosofía, desde el giro copernicano, «no hace otra cosa que describir desplazamientos característicos de un pensamiento teológico a un mundo ateo». Fichte, Cohen, Heidegger: tres etapas que descubren una verdadera «regresión». Si es así, termina el autor, ¿no tendría necesidad la filosofía de realizar, en vez de una revolución copernicana, una revolución ptolomeica?

MARÍA RIAZA

WESTACOTT, E.: *Roger Bacon, in life and Legend*; London, 1953.

Roger Bacon ha sido considerado por la crítica moderna como un precursor; incluso algunos lo han elevado a la categoría de profeta científico. De acuerdo con este punto de vista sería «un desplazado», una de esas extrañas personalidades contra-históricas que viven en una situación, pero constreñidas en ella con una violencia evidente, ya que su espíritu pertenece a remotos tiempos futuros. Desde muy antiguo hay en torno a Bacon una leyenda que le califica de alquimista y aun de mágico prodigioso, poseedor de extraños secretos para prolongar la vida y de misteriosos aparatos con los que adueñarse de las fuerzas naturales. Parece como si el calificativo de precursor no fuese sino una degradación del adjetivo mágico. En todo caso mágico, precursor o simplemente inteligencia despierta y lanzada por un camino poco frecuente en su tiempo, Roger Bacon necesita de estudio e incluso de divulgación. Es uno de esos autores con los cuales nos ponemos en contacto a través de una red de tópicos o de tradiciones legendarias y que, salvando a los especialistas, entra en la órbita de conocimientos del hombre culto en general con un halo

de enigmaticidad que roza arbitrariamente el misterio. Conviene, pues, que se divulge su vida y su obra, y en este sentido es de alabar el libro de E. Westacott. Como el propio autor dice, no hay aún en inglés un libro que pueda calificarse de *Vida de Roger Bacon*, y tal ausencia no se ha suplido ni siquiera con la traducción de la excelente obra de Emile Charles, editada al comienzo de la segunda mitad del siglo pasado en París. A esto debe añadirse que aún quedan manuscritos de la obra de Bacon que no han sido estudiados con la atención que merecen. Para que los que frecuentan el idioma inglés tengan una idea clara y sencillamente expuesta de la obra de Bacon, se ha escrito este libro, cuyo mérito principal consiste, a mi juicio, aparte de su buena intención, en el sano sentido común que impregna toda la obra.

Roger Bacon tiene un mérito sobre todos, y es que fué el primero que se dió cuenta de la infecundidad de la filosofía escolástica en el orden de las ciencias naturales y que comprendió, o si se prefiere adivinó, que el futuro estaba encadenado al progreso de estas ciencias. Desde la iniciación del Renacimiento, es decir, desde que se transformó el sistema aristotélico de las ciencias naturales buscando una explicación a la teoría física que no fuese la teleología de Aristóteles, los grandes sistemas filosóficos se han montado sobre el modelo cosmológico, de tal modo que conociendo la cosmología que impera en una época se puede inducir la filosofía que predomina. Pero antes del Renacimiento, no se puede sostener tal tesis. La teleología en cuanto fundamento de la filosofía escolástica, no se construye partiendo de una cosmología, sino que es ella quien dogmáticamente impone una cierta concepción física del mundo. En contra de esta visión se alzaron espíritus selectos en la Edad Media que merecen hoy el reconocimiento máximo por la indiscutible originalidad que en tal situación implicaba semejante rebelión espiritual. Roberto Grosseteste, maestro de Bacon, y el propio Bacon entre otros, La asombrosa rebelión intelectual de este último puede verse clara, considerando su crítica a Santo Tomás de Aquino, dice, «un hombre famoso, aunque equivocado», y el sentido de esta equivocación lo encontraba en que el Santo era un hombre que había amasado con infinita paciencia una inmensa información, pero cuyas obras tenían cuatro faltas graves: la primera es confusión; la segunda, falsedad; la tercera, en tamaño superfluo en sus obras, y la cuarta, ignorancia de las partes más actuales y bellas de la filosofía. Bacon pedía una renovación de las ciencias y esta su petición rompía con el espíritu tradicionalista del aquinatense que recibiendo a Aristóteles más que renovar lo que había hecho era fortalecer. Bacon defendía una nueva clasificación genética de las ciencias en la que la física y en general las ciencias naturales ocupasen un lugar preferente. Su actitud le costó serios disgustos con las autoridades de la Orden a la que pertenecía; particularmente San Buenaventura vió con

malos ojos los esfuerzos de Bacon y lo tuvo recluso durante mucho tiempo en su celda. No obstante, con una voluntad de hierro y con un extraño convencimiento de que poseía la verdad, prosiguió el estudio de las ciencias naturales y la construcción de aparatos cuyas extraordinarias propiedades explicó minuciosamente al Papa. Entre estos inventos estaba uno que obsesionó a la Edad Media y cuya obsesión pasó al Renacimiento: el poder construir un aparato que permitiera descender al fondo de las aguas.

Al excelente libro de divulgación de Westacott sólo le podemos objetar que se haya olvidado de la política. Bacon intuyó que la estructura social tiene una importancia decisiva en orden a la elaboración científica y es el primer medieval que aplica un criterio científico natural más o menos arbitrario a la jerarquización de la sociedad. No merece, sin duda, su obra en este sentido que se la llame, como alguna vez se ha hecho, la primera utopía científico-política de Occidente, pero, sin duda, tiene interés bastante para que en un libro de esta índole se le dediquen por lo menos unos párrafos. Es, sin duda, excesiva la parcialidad con que se ha visto la obra de Bacon, aunque tal vez está justificada por ser el sector más importante que hay que divulgar y sobre el que caían mayores sombras e incompreensión. El lector puede leer al final una bibliografía en la que se citan las obras más conocidas acerca de Bacon y de la historia científica de Occidente. Sin embargo, es lamentable que falten algunos artículos de Revista que han contribuido tanto o más que los libros a arrojar luz sobre el extraño precursor medieval.

E. T. G.

ZIMMERMAN, Carle C.: *Patterns of Social Change. A Survey of the Main Ideas of the Greatest Sociologists*. Annals of American Sociology. Public Affairs Press, Washington, D. C., 1956; 36 págs.

Este breve trabajo de Zimmerman, cuyo rumbo intelectual en Sociología ha sido importante en el tema de la familia, del cambio social (*Outline of Social Change*, 1946) y sociología urbana y rural en colaboración con Sorokin, es una sucinta recopilación, a vista de pájaro casi, de las principales teorías del cambio social desde el nacimiento oficial de la Sociología hasta el presente. Esto no quiere decir, sin embargo, que no existan menciones de autores clásicos, desde Heráclito y Zósimo en conexión con Spengler a San Agustín en relación con Sorokin. No obstante, dos cosas son de primer interés en esta monografía: la afirmación de los problemas del cambio social y de la dinámica de la sociedad como tema principal de la sociología moderna y su clasificación, conforme a tal cuestión, de toda la sociología en tres grandes bloques: los evolucionistas lineales del siglo pasado, los dicotomistas que acaban con Pareto en 1923 y los tres tipos de reacciones a los últimos que ha producido nuestro siglo: